

LA PÉRDIDA DEL SENTIDO

La pérdida del sentido del Estado es consecuencia del distanciamiento del hombre europeo de la realidad. En ello han sido decisivas las ideologías, cuyo objetivo consistió, justamente, en transformarla en abstracto. Lenin respondió en cierta ocasión a consejeros que querían hacerle ver que determinados proyectos eran irreales, «peor para la realidad»; los efectos son conocidos. Las ideologías, en primer término la marxista leninista y las que aparecieron como reacción frente a ella, sustituyeron la realidad por la utopía e incluso muchos teólogos y eclesiásticos dieron en presentar el cristianismo, creyendo ponerlo al día, como una utopía, a lo que se debe en buena parte su decadencia, pues si el cristianismo es una utopía, es mejor sustituirla por otra que parezca más asequible a las fuerzas humanas o sencillamente abandonarla y apegarse a las cosas de este mundo.

La utopía, a la que se apela cuando no se sabe qué decir, en tanto evasión de la realidad sustituida por vagas imágenes y evocaciones, es en realidad una ucrónia, una evasión del tiempo presente en nombre de un futuro imaginario. En ella hay siempre, como decía Bertrand de Jouvenel, algo de indecente y de mal gusto, antiestético. Ésa es precisamente la raíz y la causa del arte contemporáneo, cuya naturaleza ajena al sentido de la realidad está exponiendo Antonio García-Trevijano en espléndidos artículos que muestran su cinismo y explican su difusión y aceptación al encajar en el espíritu de la época del que es producto.

La pérdida del sentido de la realidad es una gravísima enfermedad de la cultura occidental, como prueban las consultas llenas de los psiquiatras y psicólogos y el auge de estas profesiones. Y resulta lógico que no se libre de ello la política, la piel de todo lo demás, como decía genialmente Ortega. No es casualidad que la política, que debiera ser siempre una expresión de realismo, ande a la deriva reduciéndose a hueca palabrería y que políticamente las cosas hayan ido durante el pasado siglo muy mal en Europa. Los totalitarismos y semitotalitarismos, como los del utópico Estado de Bienestar, constituyen una expresión máxima del vacío existencial, de la pérdida de la realidad.

Pérdida y disgusto ante la realidad que constituye, en último análisis, la secuela postrera del agotado racionalismo moderno que opuso a la cultura cualitativa, fundada en el cultivo de lo natural, de lo real, de la veracidad, la abstracta cultura cuantitativa que no descansa, en más que en sí misma, en una imaginación empobrecida por su falta de respeto hacia lo real, hacia la verdad, cultura de la que se nutre el Estado.

Con ello no tiene, naturalmente, nada que ver, por cierto, aunque se diga a veces lo contrario, el apogeo del conocimiento virtual de los ordenadores, la televisión y otros medios de evasión y comunicación. Estos lo facilitan y estimulan. Pero la falta de respeto a la verdad y el cultivo sistemático de la mentira, la difusión de la «cultura» de la droga como ejemplo palmario, aceptación de la demagogia como algo normal, la decadencia de la li-



teratura y pensamiento además del arte, toda clase de corrupciones, la dificultad de la comunicación existencial, el predominio de la abstracción y el correlativo éxito de la propaganda, el crecimiento de la incertidumbre y de la inseguridad vital, la fiebre del consumismo, la pérdida del sentido de la política y del Estado, etc., se relacionan con la pérdida del sentido de la realidad. La misma postmodernidad, con su pensamiento, sentimiento, imaginación, voluntad y pasiones «débiles», no es una reacción contra ese agotamiento y decadencia de la identidad, sino su fase postrera, su canto del cisne. Hace falta una nueva cultura liberada de abstracciones y ficciones por la crítica arraigada en la realidad, que recupere la vitalidad perdida. Para ello es preciso enfrentarse con la verdad de las cosas, aceptarla llamándolas por su nombre y reconocer sin exclusiones las urgencias vitales. Sin embargo, una de las virtudes que más escasean es precisamente la del valor, suplida en demasiadas ocasiones por astucias mezquinas, como se ve en la política.

Dalmacio NEGRO

HOY TOCA APENAS...

Hay lectores que nos han soportado con paciencia todo el año y a los que, por su esfuerzo heroico, dedicamos hoy un recuerdo muy especial: les deseamos toda la felicidad del mundo para el año que se nos viene encima, que no va a ser poca cosa, ya lo verán. Pero eso, que lo trate quien deba tratarlo. Hoy, aquí, en este pequeño recuadro de cada martes, en el que tantas veces me he metido a pisar charcos que quizá no debí, toca apenas hablar de concordia, y no conviene citar demasiado ni la marea negra, que enlutará algunas cenas navideñas, ni los planes guerreros de Bush, ni la polémica por la manifestación de Ibarreche. Quienes nos creemos la Navidad pensamos que en un día como hoy hay que poner en la balanza

un suplemento de amor, de buena voluntad y cambiar las gafas resabiadas por unos ojos de niño que cree en los Reyes Magos. Y en Santa Claus, y en la justicia universal, y en que los hombres son, en el fondo, buenos y en todos los proyectos imposibles en los que nuestra utopía se fijó alguna vez. Ya sé: es el de hoy un número poco realista en el calendario, pero no me pida que piense en la que nos espera el 26 de diciembre, y el 27 y el 28 y así, hasta 363 días en año no bisesto, en los que lo que prima es el realismo, maldita realidad.

Fernando JAUREGUI



BUENA NOCHE



a saber por qué nos vemos otra vez envueltos en el frenesí. Y es que al final lo que queda es que cristiano o pagano, agnóstico o ateo, el que más y el que menos acaba celebrando la Navidad como puede, como sabe o

como le dejan. Singular unanimidad que nos lleva a los occidentales, por una vez y sin que sirva de precedente, a apartar nuestras diferencias para sentarnos a la mesa y celebrar la Nochebuena; una velada iniciática que en realidad monopoliza todo el misterio de la Navidad. Pues por lo demás nuestro único afán en las dos semanas tontas subsiguientes consiste en hacer todo lo posible para quitarnos en el medio como sea hasta el amanecer del 7 de enero.

Pero si lo demás está de más, el 24 de diciembre sigue teniendo su aquel. Desde por la mañana. Sobre todo para quienes hemos adquirido desde nuestra más tierna infancia el hábito de pasear por el centro de la ciudad para respirar el ambiente efervescente de esas calles engalanadas en las que la multitud se apresura a hacer las compras de última hora. Porque todo es poco para ofrecerlo en el altar de esta gran noche en la que culminan semanas de preparación ritual. Con jornadas en las que hemos tenido el privilegio de dedicar lo mejor de nuestro tiempo a sacar del trastero los adornos del árbol sublime que durante unos días resplandecerá en casa, o la retahíla de cajas de las que ha salido ese entretenidísimo berenjenal que es el nacimiento, paisaje entrañable que cada año enriquecemos con la figurilla que indefectiblemente compramos en la Plaza Mayor. Por no hablar de las horas que dedicamos a ensayar los villancicos que cantaremos la noche de autos a la luz de las velas, o de los momentos que consagramos a escribir las felicitaciones de Navidad dirigidas a quienes sólo recordamos una vez al año por estas fechas. Circunstancia que por sí misma justificaría ampliamente tan febril ajetreo.

Hoy es Nochebuena y en el ambiente va creciendo el tranquilo desasosiego que genera esta noche mítica en la que, apenas doblado el cabo del solsticio de invierno, nuestro navegar fatigado se reencuentra en familia con ese portal de Belén hoy rodeado por los rifles automáticos de los soldados de Tsahal. Lo que no impide a los cristianos acudir una vez más a misa del gallo en la iglesia de la Natividad. Y por un momento casi se nos olvidan esas monstruosas manchas de alquitrán que van y vienen al socaire de la marea y que con su vaivén nos mantienen en vilo a todos los españoles de buena voluntad. Los mismos que desde hace un mes, cada día y cada noche, pedimos al Altísimo que salve el hogar de Brogán, envidiando como unos valientes plastificados manotean impotentes contra la oleada viscosa que a toda costa pretende quedarse en esas playas y acantilados que nunca han sido tan nuestros. La brega seguirá mañana infatigable, pero hoy dejaremos de lado nuestras cuitas y afanes por el espacio de una buena noche.

Bruno AGUILERA